



REY
DESNUDO
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Lawlor, Clark: *From Melancholia to Prozac: a History of Depression*, New York, Oxford University Press, 2012.

Andrés J. Gattinoni

UBA

andresgattinoni@gmail.com

Depresión, melancolía, histeria, hipocondría, esplín: distintos nombres que, a lo largo del tiempo, pretendieron contener un fenómeno ambiguo y de difícil descripción. Un malestar patológico con una multiplicidad de síntomas físicos y psíquicos, que varían de la apatía y la inhibición psicomotriz, a las conductas suicidas. Un estado angustiante que conduce al sujeto a una contemplación sombría de sus faltas y a la auto-imposición de diversos castigos. La búsqueda de explicaciones y tratamientos para la melancolía se remonta, por lo menos, a la antigüedad clásica; pero al adentrarnos en la modernidad, la depresión parece constituir cada vez más el *mal du siècle*. Por otro lado, de Platón a nuestros días, el sentido de esta enfermedad, su etiología y los métodos terapéuticos para tratarla, distaron mucho de permanecer inalterados. Es esta historia de las representaciones acerca de la melancolía la que intenta reconstruir *From melancholia to Prozac: a history of depression*.

Su autor, el Dr. Clark Lawlor, es profesor de literatura inglesa en la universidad de Northumbria, especializado en el siglo XVIII, el romanticismo, y la historia cultural de la enfermedad. Anteriormente exploró las representaciones literarias de la tuberculosis en su

Consumption and Literature: The Making of the Romantic Disease.¹ En la actualidad, es co-director del proyecto de investigación *Before Depression, 1660-1800*,² que estudia el tema de la melancolía en la pluma de los escritores ingleses del largo siglo XVIII. En ese marco, participó de la obra colectiva *Melancholy Experience in Literature of the Long Eighteenth Century*,³ para luego publicar el libro que aquí nos ocupa.

From melancholia to Prozac se presenta como una historia de la depresión. El adjetivo es adecuado, pues la obra no pretende ofrecer una visión exhaustiva de los avatares de aquella condición a través de todos los tiempos y espacios. Antes bien, constituye un recorrido por diversas conceptualizaciones de la melancolía en la cultura euro-atlántica, con un énfasis en Inglaterra y Estados Unidos. En este sentido, se advierte que el libro representa un intento de enmarcar en el largo plazo las experiencias estudiadas por el proyecto *Before Depression*. El resultado es una síntesis valiosa y actualizada de las investigaciones en un campo que ha tenido un fructífero desarrollo en los últimos años, orientada a un público restringido pero no necesariamente especializado. Esto se ve complementado por una cuidada edición que incluye copiosas notas, un glosario, un comentario bibliográfico por capítulo y un índice temático-onomástico.

La obra se abre con un prólogo centrado en la vida del Dr. Samuel Johnson (1709-1784), figura emblemática de la literatura inglesa del siglo XVIII.⁴ La melancolía fue una compañera permanente del conspicuo escritor, que la llamaba su “black dog”. Esta afección se manifestaba en el pensador ilustrado acompañada por un profundo sentimiento de “culpa religiosa” (*religious guilt*), vinculada a la estricta formación cristiana que había recibido de su madre. Una persistente sensación de no estar sirviendo a Dios adecuadamente lo deprimía y lo conducía a prácticas autopunitivas. Para controlar los efectos de esta condición recomendaba distintos tratamientos

1 Lawlor, Clark: *Consumption and Literature: The Making of the Romantic Disease*, Basingstoke, Palgrave, 2006.

2 Proyecto *Before Depression, 1660-1800*, dirigido por Allan Ingram y co-dirigido por Clark Lawlor, Stuart Sim y Richard Terry en las universidades de Northumbria y Sunderland. Sitio web: <http://www.beforedepression.com> (consultado el 31/07/2012).

3 Ingram, Allan y Sim, Stuart (editores): *Melancholy Experience in Literature of the Long Eighteenth Century: Before Depression, 1660-1800*, Basingstoke, Palgrave, 2011.

4 Trevelyan se refirió al período 1740-1780 como la “Inglaterra del Dr. Jonson”. Véase Trevelyan, George M.: *English Social History*, Londres, Longman, 1947.

que iban desde el ejercicio físico hasta la oración, pasando por la búsqueda de distracciones y sana compañía.

Este breve estudio de caso le permite a Lawlor introducir algunas ideas que explorará a lo largo del libro; principalmente, que la experiencia de la depresión está marcada tanto por aspectos inherentes al sujeto (como su biografía o su posición socioeconómica), como por relatos culturalmente determinados acerca de la enfermedad. Por otro lado, el ejemplo de Johnson es útil pues se ubica en un contexto de transición entre ciertas nociones de la melancolía cuyos contornos habían sido delineados en la antigüedad clásica, y un nuevo conjunto de conceptualizaciones que comenzaron a surgir al calor de la revolución científica. De esta manera, el siglo XVIII resulta un período privilegiado para observar las transformaciones y continuidades de sentido que se operaron con el cambio de paradigma.

El primer capítulo, “Poor Wretch”,⁵ está dedicado a las representaciones de la melancolía durante la antigüedad clásica. Principalmente, se concentra en las dos grandes fuentes del pensamiento grecorromano sobre esta afección. En primer lugar, la teoría médica desarrollada por Hipócrates (460 - 370 a. C.) y luego Galeno (130 - 200 d. C.), según la cual la melancolía (o bilis negra) era uno de los cuatro humores constitutivos del ser humano, junto con la bilis amarilla (o cólera), la sangre y la flema. En esa perspectiva, donde cuerpo y mente eran percibidos como parte de un todo integrado, la patología melancólica surgía de un desequilibrio en los fluidos corporales. El exceso de bilis negra producía angustia, dolor, e incluso alucinaciones. Esta alteración podía tener causas físicas (una dieta inadecuada, la falta de sueño) o emocionales (demasiadas preocupaciones o la entrega inmoderada a las pasiones, sobre todo al amor). En segundo lugar, se hace referencia al concepto de melancolía expresado en el *Problema XXX*, atribuido a Aristóteles. Allí se la concebía como un estado propicio para la filosofía, la política y el arte. Según Lawlor, era “una versión materialista de la teoría platónica de la personalidad frenética, visionaria y creativa” (p. 34),⁶ el “furor divino” que inspira al genio o el héroe.

5 El título hace alusión a un fragmento de la traducción inglesa de las *Argonáuticas* de Apolonio, donde las ninfas se refieren a Jasón en estos términos: “Poor wretch, why so stricken by absolute helplessness?”. Lawlor, 2012, p. 23.

6 Las traducciones del inglés son propias.

El capítulo se cierra con una sumaria mención a la Edad Media y a la acedia: un cuadro similar a la depresión, que era visto como un pecado característico de los monjes de clausura. Éste fue descrito por el eremita San Juan Casiano (360 – 465) en su “Sobre el espíritu de la acedia”, y luego incorporado a la literatura medieval por autores como Geoffrey Chaucer, John Gower y William Langland. Sin embargo, este mal perdió relevancia en el Renacimiento, especialmente en Inglaterra, donde la Reforma fue acompañada por la destrucción de los monasterios bajo el reinado de Enrique VIII.

El siguiente apartado, consagrado a la temprana modernidad, lleva por título “Genius and Despair”, pues explora la compleja relación que se estableció en esa época entre los dos modos de entender la melancolía nacidos en la Antigüedad: el aristotélico y el galénico. El primero resultó revitalizado gracias a la atención que recibió de Marsilio Ficino, quien vinculó el genio melancólico con la influencia astrológica de Saturno y preparó el terreno para que la afección se convirtiera en una moda en las clases letradas. El enfoque médico, por su parte, continuó enfatizando los aspectos negativos de la patología y fue retomado por la demonología, que consideraba a la bilis negra como el *balneum diaboli* (“baño del diablo”): que invitaba al pecado o era incluso signo de la posesión diabólica. Sin embargo, las fronteras entre una y otra forma de entender a la enfermedad eran difusas, y se veían atravesadas por discursos religiosos y mágicos. Lawlor da cuenta de ello en un análisis que recorre diversas fuentes literarias, especialmente italianas e inglesas, entre las que se destaca la compendiosa *Anatomy of Melancholy* (1621) de Robert Burton.

“From Spleen to Sensibility” es el tercer capítulo, donde Lawlor aborda su especialidad: el siglo XVIII. Su principal objetivo es señalar cómo, de un desequilibrio humoral, “la melancolía gradualmente se convirtió en un aspecto de los desórdenes de los nervios y, en Inglaterra, en una característica distintiva de la civilización inglesa y su correspondiente estilo de vida así como su clima: el *mal inglés*, como llegó a ser conocido” (p. 73). El autor recorre los principales aportes de la literatura médica que, desde mediados del siglo XVII, fueron transformando la etiología de la depresión. Aborda la diversificación terminológica que surgió en Inglaterra para referirse a ella,⁷ y

7 Además de *melancholy*, en el siglo XVIII *spleen*, *vapours*, *lowness of spirits*, *nervous diseases*, *hysteria*, *hypochondria* o sólo *the Hyp* eran términos utilizados para hablar de una misma enfermedad cuyos límites y sentidos se

el nacimiento de la noción de *sensibility* asociada a la imaginería de los nervios. Esto fue acompañado por la actualización de los sentidos positivos y negativos de la melancolía, la cual fue asociada con las nuevas prácticas de la moderna sociedad británica. Como expresión de la sensibilidad de una mente delicada, la depresión continuó siendo una marca de refinamiento, pero en tanto patología también se la relacionó con los efectos devastadores de la modernidad, como la miseria o la esclavitud. Por último, el apartado finaliza con una ceñida referencia al romanticismo británico y su exaltación de la melancolía como mal placentero que señala la autocontemplación.⁸

El siglo del “nacimiento del asilo” es abordado en “Victorians, melancholia and neurasthenia”. A partir de aquí, el libro comienza a enfocarse más exclusivamente en el discurso psiquiátrico y psicológico sobre la *depresión* –término que comenzó a reemplazar a *melancolía* en el lenguaje médico.⁹ Este recorte quizás se vincule con que para Lawlor “la mística de la melancolía se volvió menos defendible en este nuevo entorno victoriano” (p. 106), pero esa afirmación probablemente no sea aplicable al conjunto de Europa. El capítulo refleja la inestabilidad de la nomenclatura científica referida a este trastorno y ofrece un relato comparativo de los principales desarrollos teóricos que tuvieron lugar en Inglaterra, Francia, Alemania, Austria y los Estados Unidos. Hacia el final, describe los orígenes del concepto de *neurastenia*, definido por el neurólogo norteamericano George M. Beard como un agotamiento del sistema nervioso, que mantenía una frontera difusa con los casos más leves de depresión, permitiendo rehabilitar la noción de genio melancólico.

El quinto apartado, “Modernism, melancholia and depression”, corresponde al inicio del siglo XX, marcado por los eminentes aportes de Emil Kraepelin y Sigmund Freud. Según Lawlor, el enfoque biomédico del primero tuvo mayor influencia en la práctica psiquiátrica, mientras que los conceptos del psicoanálisis dejaron su impronta en las representaciones artísticas y literarias de la melancolía. Kraepelin describió al estado depresivo como una etapa del desorden afectivo que

encontraban en permanente discusión.

8 Sorprende aquí el escaso espacio dedicado a la melancolía romántica (menos de dos páginas) y la elusión de autores de otras regiones como Baudelaire, en cuya obra el esplín tuvo un lugar destacado.

9 Hay que destacar que en inglés, el término *melancholia* tenía un carácter más técnico que *melancholy*. Sin embargo, el concepto de *depression* iba ganando espacio y en el siglo XX llegaría a ser dominante. Véase Lawlor, 2012, p. 134.

llamó “psicosis maníaco-depresiva”, y lo clasificó en diversas categorías según sus síntomas. Freud, por su parte, definió a la melancolía como un estado similar al duelo pero fundado en un conflicto inconsciente; “una respuesta a una pérdida en la infancia, que a menudo involucra una ira reprimida dirigida contra el yo” (p. 142). Este enfoque fue profundizado especialmente por sus discípulos, varios de los cuales se refugiaron en Estados Unidos a causa de la Segunda Guerra Mundial. Desde el final del capítulo, el libro se concentra explícitamente en el contexto anglosajón, comenzando por la obra de Adolf Meyer, cuya práctica centrada en el paciente, influida por Kraeplin y Freud, hizo escuela en la psiquiatría norteamericana. Ésta experimentaría un notable desarrollo en la segunda mitad del siglo, que prepararía la explosión del mercado de la salud mental.

“The New Depression” analiza el escenario iniciado en la década de 1980, con la aparición de un nuevo concepto de depresión, que se plasmó en el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders III* (DSM III) y habilitó la popularización del Prozac. La presión sobre la psiquiatría para ofrecer un mayor grado de certeza en sus diagnósticos condujo a buscar nuevos enfoques, que recuperaron el énfasis de Kraeplin en los síntomas. Como culminación de esta exploración, el DSM III funcionó como una herramienta neutral en un contexto de diversificación de marcos teóricos, pero con la dificultad de que no establecía fronteras nítidas entre estados normales y patológicos de depresión.¹⁰ Al mismo tiempo, los modelos biológicos para explicar esta enfermedad comenzaron a predominar en la psiquiatría, especialmente aquel que la define como un desequilibrio químico por déficit de serotonina. La confluencia de estos procesos permitió, en los años noventa, el auge comercial de los ISRS¹¹ como el Prozac. Este fenómeno, que tuvo profundos efectos en la cultura norteamericana, motivó un renovado debate sobre la depresión y su relación con la modernidad.

El cambio de siglo vio la proliferación de miradas críticas del modelo bioquímico de la depresión, que son exploradas en el capítulo final: “‘The drugs don't work’: The Future for

10 Según Lawlor, la publicación de una nueva versión de este manual en el año 2000, el DSM IV-TR, si bien introdujo algunas subcategorías interesantes en la clasificación (como el Trastorno Depresivo Menor o el Trastorno Depresivo Melancólico Mayor), no supuso un cambio significativo de criterios.

11 ISRS: Inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina.

Depression and Melancholia”.¹² Entre ellas se encuentran la terapia cognitivo-conductual de Aaron Beck, y las ideas de Martin Seligman sobre la “indefensión aprendida”, que ofrecen tratamientos no somáticos para la depresión, basados en la corrección de los pensamientos pesimistas y su reemplazo por otros más realistas. Otra perspectiva es el psicoanálisis que, en la medida en que propone un proceso de final abierto, se encuentra en una situación de desventaja ante los imperativos del mercado de la salud.¹³ A estas se suman otras miradas desde la sociología (George Brown), la psicología evolucionista (Randolph Nesse) o la psiquiatría transcultural (Arthur Kleinman) que buscan nuevas explicaciones para la depresión. Por último, Lawlor concluye recuperando la voz de aquellos que, frente a este asunto aún abierto, llaman a una “vuelta a la melancolía”: a un concepto teórico que conciba al sujeto como un todo (cuerpo y mente), en relación con su entorno social.

A través de doscientas dos páginas, *From melancholia to Prozac* elabora un recorrido histórico que, aún cuando se concentra sólo en ciertos espacios y períodos, constituye una valiosa síntesis de los aportes más recientes de la historiografía de la melancolía. Por tanto, resulta un útil punto de partida para futuras investigaciones, que permite contextualizar y contrastar experiencias diversas. Si a ello agregamos la relevancia de Lawlor en el ámbito académico, la lectura de esta obra se vuelve ineludible para cualquier acercamiento histórico a la depresión.

12 “*The drugs don't work*” es el título de una popular canción de la banda británica The Verve, editada en 1997.

13 Esta observación que hace Lawlor, quizás no sería aplicable a otros contextos socioculturales como el argentino.